

El mudo pedante

Miguel Enrique Ortega

LAS FORMAS DEL FUEGO

POESÍA




MONTE AVILA
EDITORES LATINOAMERICANA





LAS FORMAS DEL FUEGO

El mudo pedante

MIGUEL ORTEGA

El mudo pedante

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS
MENCIÓN POESÍA, 2021



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

El mudo pedante

© Miguel Ortega

MONTAJE DE PORTADA

Carolina Marcano, Greicy Letelier

FOTOGRAFÍA

Arturo Moreno

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Héctor González

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

David Arneaud

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2022001602

ISBN 978-980-01-2354-6

El mudo pedante

Poema vegano I

«Yo no creo que esté mal comer carne. Total toda la vida lo hemos hecho».

«Las poblaciones indígenas no hubieran podido sobrevivir sin

carne. Todavía deberían seguir sus costumbres» Por más macabras que sean. «Me parece una estupidez eso de no

[comer carne ¡Qué patética toda esa gente!]» «Dios puso a los animales ahí para algo». «Nunca en mi vida podría dejar de comer pescado o

[queso]» «Es gente enferma». «Son unos hipócritas ¿Acaso las plantas no sufren cuando las arrancas de la tierra?».

No he escuchado el grito de una lechuga.

No he escuchado el grito de un pez.

No he hablado con la vaca sobre las voluntades de Dios.

No creo que los hombres deban preservar para siempre sus costumbres más antropológicas como si fuese estrictamente

[necesario para vivir...]

En cambio. He visto

el delirio del pececito ahogado. He escuchado

el grito del cerdo cuando es degollado. Si pudiéramos detener el sufrimiento, la hemorragia, el llanto, las fracturas

[y los hematomas ¿Por qué dejarlo para más tarde? ¿Por qué no secularizar desde ahora? Pero el sensato calla.

—Sí, es así. Quizás sea yo quien está equivocado. Quizás [no está mal seguir matando.

Frutas

Cuando admiro los pechos de Rut
suspiro.

A veces los imagino, prisioneros de la gravedad indomable.
Como frutos de un árbol que prometen caer
una tarde. Y no dejan de parecerme
bellos. O bellas.

Las hay de varios tonos
de la paleta. Tienen un vértice areolado de un color
tierno. Soy un hombre apasionado por las mujeres, eso no
[lo puedo
negar. Si la amas, verla desnuda se ofrece como el culmen
[universal de lo
sublime.

—Ahora sí podría morir en paz— dice.

Ella me observa, quizás me desapruera
por la mirada distraída de mis ojos
torpes, abstraídos por algo tan natural como un montón de
[células en continuo
deterioro.

—Bueno, ya está bueno— dice ella y se cubre los pechos.

Poema vegano II

—¿Sabías que el azúcar blanca no es vegana?— preguntó Juan. Y el otro respondió dubitativo. —Sí, al parecer utilizan huesos de animales para que agarre la estética del cristal— volvió Juan. Íbamos caminando por la avenida curtida de gente. Recuerdo que él llevaba una pequeña mochila. Y yo también. Habíamos hablado del cine y un par de libros que habíamos leído.

—Cuando lo supe, no lo podía creer— sentenció resuelto. Las exclamaciones fueron tales que un peatón tornó su atención en nuestra conversación juvenil.

—¿Dónde leíste esa cosa?

—Me lo dijo Jordana.

—¿Y tú le creíste? — Toda mi vida he creído igual que el resto, no estaría mal creer un poco diferente ¿Y sabes qué es lo peor? — ¿Qué?

—El azúcar morena, sí es vegana. Pero algunos, para no perder ganancias, toman la blanca y la pintan con un poco de papelón para que esta pase por morena.

Así engañan a los veganos.

—Mierda. — Sí,

mierda.

Las piernas

Cuando las asoma parece una suerte de alimento. El instinto es decadente ¡Ay, pero si se ven tan suaves! Juan también cree que las piernas de los hombres
[son ¡Ay,
tan feas!

Que hasta parece mofa del Creador ¿De qué creador hablas? Sabes bien que no es el Señor. Al paso que vamos te convertirás en un mujeriego. Quizás tú seas uno de esos imbéciles que no
[sabe apreciar
la belleza. Vi un curso de filosofía. No parece. ¿Por qué?

No vale

la pena.

Yo he besado algunas piernas de mujer, y no existe mejor cosa; si fueran de hombre seguro que te daría asco.

No vale

la pena. ¿Por qué?

Porque tú solo has visto

las piernas

de Rut.

—¡Ay! pero si son

las mejores!

La castración

Las visitas de mi tía solían ser funestas. Yo nunca había osado abrazar un libro con mis manos.

Un libro de verdad *verdad*.

Ella decidió darme aquel libro lamentable. Hablaba del
[papa y la Iglesia católica.

«Y al terminar, me haces un análisis de lo que leíste»

[dijo imperante.

Solo era una página. Era todo lo que me había mandado a leer. Era todo. Una página.

Mientras tanto, en mis intentos fracasados de lectura, comenzó a nacer, en mi pecho

un odio desesperado. Se armó de puñales y una escopeta que disparó. Y no volví a leer.

Debieron pasar diez años para que Víctor Hugo revirtiera la castración.

El mal bailar

Cuando comencé a salir con Rut sentía algo de lástima por mí mismo. Ella había comenzado a bailar a los tres años de nacida. Y yo, por más que intentara no podría.

Así que decidí no

bailar nunca. No hacer el ridículo. Escondería así una pena terrible. Y ella se divertía constantemente

[tomando mis manos

haciéndome bailar como si mi cuerpo se tratara de un simple títere. Eran tan toscos aquellos pasos que

yo intentaba distraerla hablando de otra cosa. Pero ella

[estaba contenta, nunca

la había visto tan alegre, nunca

había visto la sonrisa tan ancha y

niña. Nunca había escuchado una risita tan

divertida. Solo así fue que lo supe.

Ella estaba enamorada de

un mal bailaror.

Poema vegano III

Yo nunca podría dejar de comer carne

¡Y el pollo! ¡Menos!

El pescado es mi carne favorita, además es muy sana;
tiene aceites buenos.

De algo hay que morirse (*y se ríe*)

El ser humano se ha alimentado desde la prehistoria,
con carne. No hubiésemos llegado hasta aquí de no ser

[por la carne. Así que

cállate la boca ¡Yo no podría vivir sin una parrilla!

Sí, definitivamente, los veganos son

la gente más estúpida del mundo. No quieren

aceptar que debemos matar, está

en nuestra sangre. Debemos matar. Somos

la raza superior, los animales nos deben

respeto. Lo dice

La Biblia.

—¿Y qué haríamos si algún día nos encuentra

[una raza superior

a nosotros?

—Pues los mataremos.

—¿Y si

perdemos?

—Pues... en La Biblia está todo escrito, eso no
va a suceder— dijo y
se fue.

El ayuno

Quizá ya es hora de comer
¿Quién lo dice?
Pues no sé.
Lo normal
es comer
tres veces al día más dos meriendas.
Siempre
ha sido así.

Si no como hoy,
muero.

Aguanta un poco más.
Al menos necesito un café con un poco de azúcar.

[Por favor ¡Ayúdame!

¡Vamos! No seas
débil.

Creo que voy a desmayar, que alguien me lleve
a un médico.

Toma un vaso de agua. No te deshidrates.

El agua no
quita el hambre.

¿Hueles eso?

Sí.

Es ají dulce, pimienta, salsa de tomate, ajo, cebolla...

[delicia. No

soporto

más.

Eres demasiado débil ante

la tentación.

Me suena la tripa.

La tripa no se va a morir por eso.

Creo que sí. Siento mareos ¡Haz algo! ¿Escuchas esos platos?

Sí, los mismos que un millar de pobres nunca ha escuchado en su vida. No lo

entenderían.

Tú y tus haitianos somalís subsaharianos y centroafricanos.

Ellos tienen plátanos para todos los días. No me vengas con eso. Esa maldita gente,

no ayuna.

Aguanta un poco más.

Lo siento.

(Le clavó un puñal en la yugular y se bañó en salsa hasta vomitar)

El plástico

«Aquí somos demasiado buenos reciclando. El plástico
[todo lo
reciclamos». «Aquí no tenemos
problemas con el plástico. Puedes comprar
todo el plástico que quieras». «Sí, es cierto que hay
[mucho plástico
pero aquí lo reciclamos
todo». «Vamos, bota esa botella de plástico en la basura.
Alguien
se encarga de reciclarla cuando está en la basura».
[«Somos un país
potencia». «Sí, todo el plástico lo reutilizan
las empresas». «Por eso podemos seguir produciendo plástico
sin problemas».

Qué buena cosa.

—¿Y si concentran toda su potencia en dejar de
[producir plástico? No sé, quizás
producir
algo que
no debas volver a producir

para siempre, sino
solamente, reutilizar.

—No, eso no. No creo que podamos lograrlo
¡Somos buenos pero no tanto!

El cine

Antes de Rut solía ver películas infames. Una pena.

Ella me llevó por primera vez al cine de verdad *verdad*. Ella era diferente a los demás.

Iba al cine a *ver películas*.

Y dejamos de ir al cine porque era caro o estaba *cerrado*.

En su televisión poníamos películas le gustaban mucho las películas francesas y latinoamericanas. Sus temas favoritos eran

El aborto

El crimen

El amor

El fracaso

La mentira

La verdad.

Ahora formamos un grupo cinéfilo. Somos Rut, Juan y yo. Compartimos opiniones y discusiones. A veces me da por insultar a Juan cuando nos recomienda una película lamentable. Pero de eso se trata ¿no?

El arte no se hace para que le guste a todo el mundo.

Idiomas

Me gusta escuchar conversaciones ajenas. Sobre todo si vienen en otro idioma. Soy políglota.

Poli, varias. Glota, lenguas.

La verdad es
hablan de lo mismo.

Solo que
en su idioma. Pero decir

coño

a su manera

es

lo que hace que sea
hermoso.

Escribir con hambre

No puedo escribir con hambre. Esa es una de las cosas malas. No puedes ser escritor así.

El hambre es la tinta. Real o digital.

Sin ella, escribes

pendejadas.

¿Crees que debería ayunar mientras escribo?

No lo sé, quizás sí. Te ayudaría a entender el sonido de las vísceras. Es orquesta terrible.

¿Y luego?

¿Y luego qué?

¿Y luego sobre qué escribo?

No lo sé. Pero no vayas a escribir sobre el hambre.

Cosas

Una gota de jabón que se desliza y se junta con el agua.

[Tiene ácidos, contamina.

Pero tienes

la piel de la actriz esbelta de la televisión.

Una tortuga marina viaja del polo sur hasta el Caribe, se dispone a desovar. Muere asfixiada con una bolsa de plástico.

Pero tienes

la dicha de haberte comido esas papas fritas.

Un pequeño conejo queda ciego con la incipiente creación

[de un champú para el cabello.

Pero tienes

el cabello deseado por todos los hombres y mujeres.

Un pez deja de ver la luz, de pronto una nube negra

[se atraviesa en su camino, es petróleo.

Pero tienes

la alegría de viajar por el mundo con sus combustibles.

¿Qué importan los demás?

Lo importante es que uno sea feliz

¡No esos pobres animales infelices!

Mosca

Es la tercera mosca que revolotea encima de mi plato.

[El plato

está caliente. Pero ella
lo rodea.

Y yo me pongo a darle cachetadas al aire ¡Ay!

Pero amo la entomología ¿Cómo puedo cometer semejante
contradicción? Pero es que mira a esa muérgana, tiene todo el
día comiendo ¡Y ahora se antoja de mi plato!

Mírala ahí ahora. Se detuvo
al fin. En el borde
de tu plato. No, no, espera.

No seas idiota.

¡Nooooo!

Ruido de platos y cubiertos.

(una cachetada en el plato sacude la mesa, el plato cae haciendo una alfombra de caraotas y arroz en el piso, la mosca escapa, esta vez).

Joyas

Aquel hombre resulta ejemplar, ¡Oh sí!

Mira nada más el anillo que le regaló a *su mujer*. Le pidió que sea su esposa, y ella dijo que sí.

Valientes ¿eh?

Pero lo mejor de todo está en el obsequio, la joya

[¿La has visto?

Reluce.

Tiene oro y diamantes.

Aquel hombre, es mi héroe. Ojalá todos los hombres

[fueran como él.

La mayoría quiere ser como él.

Solo saber que, detrás de ese oro y esos diamantes, hay una mortandad, lo hace

más heroico todavía ¡Cuánto sudor, cuánto trabajo, estudios y demás ha tenido que pasar ese hombre para conseguir ese anillo!

Conseguir pagarlo. Un puñado enorme de billetes.

[Lo más seguro es que sea cirujano o ingeniero.

Detrás de ese anillo, hay miseria, hambre, infancias castradas, genitales mutilados, violaciones de pequeñas niñas ¡Y claro!

Más muerte.

Es un espectáculo macabro el que hay que ver,

cuando una mujer (*o un hombre*), luce ante todos
aquellas gemas. Aquel
metal precioso. Porque
ante todo, si te acercas lo suficiente
y ves más allá del brillo, encontrarás
seguramente
la sangre que salpica
y te infecta de
¡Ay, tanto!

¿Es eso lo que vemos?

Al hombre luchando y matando sin ton ni son para conseguir
el preciado tesoro que obsequiará a la dama. Sí, debe ser esa
la razón por la cual, ese tipo es
un héroe.

Poema vegano IV

«Creo que debería haber menos dolor para el animal»... «Sí,
que muera, pero sin dolor»... «Eso tranquilizaría a los
[veganos
definitivamente»... «Porque sí, es cruel la manera, en que
mueren esos animalitos»... «Pero se puede hacer
[mejor»... «También
estaría de acuerdo con que suban el precio de la carne»... «Así,
menos gente la compraría»... «Es que yo he probado
[la comida vegana
y no, nada que ver... le falta algo... porque lo mejor
del sabor de la carne es
la sangre, sin ese sabor no podría
vivir».

Parecemos insaciables en oportunidades ¿Será que ya
[nos tragamos
la moral
la ética
los valores?
Ah sí, es que
el hombre que las inventó se está comiendo
una sopa
de costilla.

Ayuno II

Rut dice que ahora tiene
menos hambre, que antes. El ayuno
le ha hecho ver que comemos
demasiado. Y que el mundo parece
una burla
a los pobres. Que rebuscan
restos de nuestra
basura.

Luis ha pasado 7 días
sin comer. Dice que se siente bien, y está
haciendo
flexiones de pecho sentadillas abdominales tríceps.
Parece un poco flaco ahora que lo observo con detalle. Luego
saca un libro y lee durante un par de horas. Se prepara un
[té de jengibre
y hace ruido al beberlo. Luego busca agua. Es como la
[quinta vez.

Luis me parece exagerado. Pero luce bien, no sé si
de la cabeza.

—Mira —dice— este tipo era obeso mórbido e hizo
[ayuno durante 12 meses.

—¿Y está vivo?

—Está vivo

y ahora

no es obeso.

Pieles

«Ahorrarnos mucho despellejando al animal sin matarlo». «Chilla un poco pero uno se acostumbra»

«Solo queda el hueso y los ojitos» El animal muere más tarde, ya sin la piel, pues no le va muy bien».

Ahora el hombre cubre a Natalia del frío con
su abrigo nuevo
de pieles
de zorro
o conejo
¡Es tan romántico!
Y a la moda
ese abrigo.
Ha salido un poco costoso pero
ha valido la pena

La ropa de piel de conejo ahora se consigue
menos
o es más cara. Nadie aguanta
el chillido del conejo cuando le arrancan
sus pelos. Y lo dejan
vivir o morir

para que vuelva a crecer pelo ¡Claro!

Pero el problema es el chillido,

es tan agudo y humano, que

quita el sueño. En cambio

el zorro tiene un llanto

más tolerable. Es por eso que ahora

es más barata la piel de zorro

que la del conejo.

Hay una diferencia importante. Obvio,

el zorro muere a la primera. El conejo

sigue dando pelo. Menudo problema.

Parece que será

más viable

acostumbrarse al chillido del conejo.

Total.

Nacimos para matar.

Calor

Rut tiene calor. Y yo
también. Primero me quito la franela.
Ella se sube la franela
hasta el tórax.
Muestra el ombligo
y suspira como para
echarse aire. Luego se limpia
la frente
con la palma. «Es mejor no moverse cuando hay calor»
[dice y se
paraliza.

De vez en cuando le limpio el sudor con una toalla.
De la frente, encima de los labios, el pecho, la nariz.
Luego no le gusta que
la toquen.
Se acuesta como enferma de hospicio. Y no quiere
que la toquen. Soy cómplice y culpable
de su fastidio. Luego
un fresquito entra por la ventana.

—Son del trópico. No los entiendo— dice una voz.

Kerosén

Mi libro de poesía favorito se titula
Kerosén.

Ahora visito a mi madre
de vez en cuando.

Y parece tener problemas de índole entomológico.

Chiripas y cucarachas han invadido su hogar. Rut se lo

[atribuye al

calor. Mamá ha intentado

con todo para

acabarlas. Pero nada

es suficiente.

Ahora ella rocía kerosén en

paredes, tablas, cerámica, mesas, sillas, rincones,

[esquinas, muebles, alcantarillas.

Dice que está ganando

la batalla. Pero una cosa es la batalla

y otra, la guerra.

Ahora la casa, perfumada toda está de kerosén.

Los cuartos la cocina el estar los baños

Todo huele a ese libro de poesía

que leo

mientras tanto. Mientras
la casa toda
exhala
el hálito del
kerosén.

Dedicatoria

Hace años jugaba fútbol.
No era malo pero tampoco muy bueno
que digamos.
Me habían gustado cinco mujeres en la vida
y ninguna
me quería. Yo quería
dedicar un gol
a una mujer. Pero
no tenía a quién. Ninguna
me quería. Pero yo quería.
Y ese día hice gol. El jugador más viejo del equipo
tiró un centro
espectacular. Yo corrí
y le di a la pelota
con mi cabeza. Con la frente
testaruda y voluntariosa.
Ahora lo sé, aunque no nos conocíamos,
ese gol es para Rut.
Y este poema.

Tu novela

—¿Me pasas tu novela?— preguntó

Julia.

—Claro—

Dije.

Pero no podía. Habían pasado diez años desde

que la escribí. Pero recordaba todo.

Julia era la novela. La novela era su cuerpo, su voz, sus virtudes

y defectos. Todo

plasmado. No podía

permitir que leyera

la novela. Ella era

de emociones violentas.

Explosivas.

¡Pero me la pidió con esos ojitos!

Y la puse

en sus manos.

¿Para qué había existido esa novela sino para que ella la leyera? Una novela nunca antes publicada. Como

todas mis novelas. Pero esa

es de ella.

Había sido rechazada por todas las editoriales del país

[¿Qué más?

¿Qué excusa tenía para negársela?

Ahora está en sus manos.

Sonrió, la tomó con ojos de niña
y se fue.

Tapabocas

Ya no soporto más esto. ¿Qué cosa? Esto, el tapaboca que me ahoga, mira como estoy ruborizado, asmático, agitado. La cara me pica. Esta maldita cosa me asfixia. Necesito que todos la vean. ¿Qué cosa? Mi boca. Es preciso. Prefiero mil veces taparme
Las orejas
La frente
El cuello
El occipucio
La nariz
Los ojos
Pero la boca
no. La necesito
para decir
todo esto, y más.

—De todas maneras la gente te puede entender si
[tienes puesto el tapabocas.

—No, no es igual— dijo y se lo quitó, lo tiró en el piso,
[lo pisó y
se fue.

Estrías

—No me gustan— dice.
Chasqueo la lengua y decido
hablar. El pulpejo siente
la lisa configuración
de la estría
que corta
quirúrgica
el glúteo y pasa
al muslo, muslo ahora
de piel anserina. Prefiero
cerrar los ojos y
percibir en silencio
el tacto y la fragancia.

—No me gustan— vuelve a decir.

La casa rota

Dedicado a mamá.

Me asomaba a esperarla.

Sus idas eran necesarias, pero a veces largas. Una rejilla

[me permitía

observar la entrada

de los carros al estacionamiento. Así pasaba la tarde,

[cuando comenzaba

a extrañarla. De pronto aparecía aquel carro pintado de

[azul celeste.

Y luego el ascensor, luego la llave con su apertura tan familiar.

Luego sus zapatos y el suspiro

de su voz.

—¡Ay Dios mío! Estoy cansada.

Y la aproximación a sus piernas lo era todo. Porque ella

sí me amaba.

Cuando enfermaba, la casa se rompía, y hasta

las cortinas suspiraban

de tristeza

los platos lloraban

las paredes cambiaban de color y los cuadros

no existían. Supe entonces que ella, es

arte.

Aceras

Me da por sentarme en las aceras.
Los carros pasan casi por encima de mis pies, queriendo
siempre
ocupar todo el espacio del
asfalto.
«Es mal hábito» me dicen algunos.
«¿Cómo se te ocurre
sentarte en la acera
a comer
un pedazo de torta?».
Olvidé decirlo, suelo
acompañar mis visitas a la acera, con
una torta.
El silencio ahí me es
placentero. Es
poética
aquella sentada. Mientras mastico, entreno
los maseteros, que van
directo
a la cabeza, la estimulan
y luego
pienso. Solo a veces pasa
un conocido

y me observa con sorpresa, como diciendo
«¿Cómo se te ocurre
sentarte en la acera
a comer
un pedazo de torta?».
Y solo ahí, me percató
que no es la torta, ni es
la acera, ni
mi facie reflexiva
que admira lo que ve. Es un
poema.

Yo mismo

Cuando camino por las calles
ando con las manos en los bolsillos, no como
si buscaran algo, sino como
si las manos
escondieran algo.
Veo mucha gente
Hombres mujeres niños ardillas y quién lo diría
¡hasta perros!
Todos me resultan tan diferentes a mí. Tan
distantes. Algunos me parecen cercanos, pero
siguen siendo diferentes. Entonces
de pronto encuentro a alguien
que se me parece
y lo sigo
una, dos, tres, cuatro cuerdas. Y lo agarro
en la bajadita
de la plaza. Ahora veo su espalda, una camisa
mal planchada
un cabello enredado
y un paso ligero;
una mirada despreocupada y unas manos
en los bolsillos
—¡Oh! Míralo ahí —digo mentalmente— soy

Yo mismo. Y al final.

Todos somos

los mismos.

Vivir así

Yo no puedo vivir más así. La vida
es cruel. ¿Por qué? Lo
es, conmigo. Ahora y
siempre. ¿Pero por qué?
¿No ves?
¿Que no veo qué?
Y el otro suspira largo y sonoro. Tendido
en la cama, casi
enfermo. Es que la mujer que me gusta no
me quiere. Es la cuarta,
este año.
Entonces por eso la vida
es cruel. Sí, ella fue
la única luz. Estoy
en la oscuridad. Ya.
Eres imbécil y nada más. ¿Por qué?
No valoras
la vida que
tienes. No tengo nada. Tienes
todo; ¡tienes hasta pájaros en
tu balcón! Que te cantan
cada mañana ¡Maldito malagradecido!
¡Ay por favor! A nadie le importa la bulla de esos

bichos. La comida que tengo
no me llena a pesar de ser tanta. La televisión
me fastidia. Los libros
aborrezco. El café,
muy dulce. La cama
¡Demasiado cómoda! No hay ser
más infeliz
y desdichado
que yo, sin ella.

Se paró cabizbajo y se sentó a ver películas tristes
en un cuarto
oscuro.

—A veces eres demasiado cruel con la gente, menos mal
no eres
psicólogo —me dijo la niña.

El culpable

¡Por Dios! ¿Quién puso aquí mis empanadas? A la
intemperie, como si la casa no estuviera llena
de moscas. Y mira mis zapatos ahí tirados
¿Quién los habrá cogido? No se puede vivir
de esta manera. ¿Quién se ha gastado mis billetes? ¿Qué
[abuso!

Tanto que quería comprar
Libros. ¿Y quién movió mis libros de la mesa? Alguien
[está abusando
en esta casa
de mi confianza. Si lo encuentro
te juro que lo molere
a palos.

El hombre se acuesta y mira al techo. Es blanco y
terso. Y escucha una voz que dice:
—Pero si vives solo, Juan.
Se convence y la voz sigue:
—Todo eso
lo hiciste tú.

Fiebre

Era hervor de pieles. Era
pomadas, vapores, infusiones,
un cuarto oscuro, cortinas purpúreas, febrífugos,
y el olvido. Encerrado
donde nadie quería estar. Solo
mi madre. Moverse era
quebrantar huesos,
asfixiarse,
ver doble.

Todo parecía un lamento, eran días que querían pasar
[pero pasaban

lentos.

Y llegaron a parecer
días perdidos. Pero a veces,
me daba por
como siempre
intentar vivirlos

—Vamos a bajarte la fiebre.

—No, déjame disfrutarla. La fiebre, es mi fiebre. Y ella, a
causa de tus cuidados, me visita
raramente.

Hiperhidrosis

Llegué a odiarlas
palmas traicioneras, malditas.

Su transpiración, siempre
excesiva, llegó a espantar
a mis amigos
que dejaron
de saludarme
de manos. Evitaban
a toda costa, aquel
vergonzoso roce.

Probé pomadas, desodorantes, brebajes, jabones,
meditación,
yoga,
infusiones,
alcohol y drogas. Las dos últimas,
las mejores. Pero intratables.

Algunos días me dio por pensar que nunca podría relacionarme con una mujer a causa de mis manos. Y lo fui afirmando con tal firmeza, que me lo creí de lleno. Y dejé de intentar enamorarme. Supe que sería muy difícil. Si mis amigos

preferían saludarme
de lejos ¿Qué podía esperar de
una mujer?

Los primeros días con Rut fueron vergonzosos, mis manos
se escondían siempre ante su divertida búsqueda. Ya me
[había rendido
en lo que a tratamientos se refiere. Hasta que un día
se lo dije.

Ahora
raras veces
soy víctima.

La televisión

Desde que tengo memoria ha habido televisión en mi hogar.
Nos sentábamos a ver los colores.
Pasé mañanas enteras escuchando la música del momento.
Fines de semana, encerrado en ese cuadro
que cada vez se hizo más delgado,
luego curvo.

—Yo no veo televisión —dijo Julia.
—¿Y qué haces todo el día en tu casa? —pregunté.

Era rareza. Pues había vivido
dentro de aquella pantalla tanto tiempo. Que era
tan necesario
como el agua.

Lo fui dejando—por Julia—. Ahora solo lo veo
raras veces. Y puedo ver cómo el mundo
sigue preso
de aquella pantalla. Devastador
fue saber
que estuve preso
casi veinte años
y no lo supe.

Papelón

Cuando uno va a casa de un amigo y le ofrecen
papelón. Uno espera
un vaso
de papelón con limón.

Llegas sediento y cansado. El sol
arde y la boca reseca. Y tu esperas,
con cierta calma, pues al final
es solo un vaso de papelón.
Apetece su presencia, pero no mata
su ausencia. Es apenas
un juguito ahí. Más bella es
una brizna de hierba, pero bueno.

Nuestro héroe regresa con un vaso de agua y hielo.
Agua caliente y hielo.
Es grato. Pero

—Estaba bueno el papelón, solo un poco diluido —dije.

Conformismo

La luz se ha ido tantas veces

Y el gas, y el agua, y la señal, el internet y
todas esas cosas.

Que ya no me importa. Ya no grito cuando se va la luz,
ni me enojo cuando no hay agua. Nada de eso. Pues he

[llegado

a creer, que la vida

no se acaba, con esas cosas. La gente se pone triste

y lo entiendo. Lamento que no hayas podido ver el partido
de fútbol,

que no hayas podido

secarte el cabello

que la comida se pudra en la nevera.

Eso es chimbo.

Pero estoy aquí, estoy vivo y

no puedo abandonar el presente

por esas cosas. Leo, escribo, pienso, corro, juego, amo, observo.

Unos lloran, otros

sonríen sarcásticamente, gritan desahogados, se deprimen

se suicidan, se arrechan.

Buscan culpable. Los sentimientos

son bienvenidos en este cuadro. Gracias, muchas gracias.

Un libro, una hoja, un lápiz, una cama, un piso, una pasión, un

piano, el cielo, las montañas
tómalas ahora que están ahí ¿no creerás que están ahí
para ti,
para siempre?

—Ya no me molesta cuando se va la luz o el agua —dije
Y todos
me miraron
réprobos
con la mirada
diciendo
«Este es otro conformista más»

Cuando no veía

Solía caminar por las calles con la mente vacía. Tratando de encontrar algo. Lo más parecido a la belleza eran las mujeres.

Una tarde conocí una pareja de ancianos. Se dedicaban a ver pajaritos.

Más tarde, por curiosidad, empecé a verlos. En libros dibujaban miles de colores que me había perdido. Miles de alas y plumas sublimes ¡Que no existían para mí!

Supe entonces que había sido ciego para la vida. Había perdido de vista ¡Ay, tanta belleza! Por creer a la mujer, única acreedora de ella. ¡Ay qué tonto eres!

Ahora veo posarse en la ramita
el azulejo acompañado, la tangara reina, el zopilote en el alti-
plano, la cacería del caricare, el cucarachero con su canto ce-
leste, los colibríes taquicárdicos, las guacharacas anunciando
mañanas, los conotos arquitectos, las guacamayas
radiantes.

Y los árboles secos, floreados, frutales y quemados. La ardilla
que mueve las hojas y corre entre ramas. Las mariposas revo-
loteando con su ruido alar y los silenciosos diminutos seres
que trabajan sobre las arquitecturas más brutales.

La vida no ha vuelto a ser
la misma.

—¡Ay y de lo que te estás perdiendo todavía sin saber!

Remolino

Es un sol en la esquina de su cabellera
frontal y castaño;
a veces le da por colorearlo. De dorado
de negro, de la paleta entera.
Le incomoda esa presencia
¡Je, je!
Tenue y pertinaz, siempre presente.
Ni la calvicie misma
podría ocultarla.
Me atrapa aquella espiral, aquel astro asomado en su
[esquina izquierda.
A mis dedos les gusta jugar con su estrella capilar.
Y la risa es atrapada
por el viento.

—No me gusta —dice Rut —déjame.
Y se peina
con la palma
ocultando
solo unos instantes
el remolino.

El tiempo que se va

«Debe dejar el cigarrillo» digo «y también debe dejar de
[comer tanta
azúcar]. «Mejor sería iniciar una dieta a base de ayunos». «Y
el estrés,
matarlo». «Va a tener que hacer ejercicio y
bajarle dos al café». «Olvídese de salir con
tres mujeres a la vez». «El alcohol, creo que ya ha tomado
suficiente». «Hay que bajar de peso
pronto».

El paciente,
arrecho, me mira feo o se hace el sordo. Anula
el tratamiento, ipso facto. Después habla. No parece
[contento y
el tratamiento lo acepta con un
«Ya veremos doctor».

«Al menos vamos a irle bajando a esas cosas,
poquito a poco ¿le parece». El mismo
rostro.

—Yo no puedo
vivir sin eso doctor. Usted no
ayuda.

Y así, pasaron quince, veinte

o más consultas. Nada se logró.

Los avances

eran toscos, torpes, casi una parodia:

un día sin fumar, dos cocacolas menos al día, una mujer menos, carne dos veces al día, insomnio cinco días en lugar de siete, caminatas de cinco minutos diarias, ayunos de una hora.

Al paciente, eso sí, le gustaba

hablarme de su vida. Y me pagaba por eso.

El resto era

pura pérdida de tiempo. Otro paciente esperaba su turno para lo mismo. Y otro, y otro. Y otro.

Y la embarazada,

lo mismo.

Estudiamos tanto para esto. Y ninguno

se atreve a decir

—Antes de pasar consulta tiene que estar decidido a abandonar las cosas que le enferman.

Pues, lo más seguro es

que no tenga

más pacientes. Por lo tanto

trabajaremos

para seguir perdiendo

el tiempo.

Caribeo

Juan dijo que algo tenía que ver con los aborígenes
todo ese cuento
del caribeo.

—Es un poco más complejo —dice Alejandro— es
una forma de ser y
andar. Una forma de
vivir.

¿Tu caribeas? Todo el tiempo. Es
natural en mí ¿Y te gusta caribeear? Bueno,
no es que me guste. Sale
al natural.
Instintivo.

Al final, entiendo algo por caribeo. Todos hemos sido
[caribeados
alguna vez ¿Cómo? Como la vez
que compraste muchos aguacates
y todos
te vinieron malos, no sirvieron
ni de abono.

—Pero vaya que alegra el día pensarlo —dice.

—Saber que fuiste caribeado, te abre una tremenda carcajada. Pues hay una regla

de oro

respecto al caribeo, claro.

Hay una línea, ancha entre el caribeo
y el abuso.

Cocos

¿Cómo puedo utilizar un coco podrido? No se puede ¿has jugado coquito? Nunca. Pues yo sí. Por eso lo sé. Cuando un coco está malo, hay que quemarlo.

—¡Quema esa mierda! ¡No sirve! —dijo Naudy.

—Cuando jugábamos coquito, en mi pueblo,

o a la pelota

con un coco

podrido,

la pela de mamá

no era normal. Los zapatos

tenía que botarlos. No había arreglo. Fueron

dañados

por aquella baba. Tenía que bañarme

con vinagre durante

tres días. Y el hedor no se iba. Creo que se debe

a los aceites

mezclados con el agua.

Así que, bueno ¿qué dices?

—Está bien, yo te doy otro coco —dijo el coquero.

Una esquina

Era totalmente
un punto ciego. Dispuesto
por Dios
para las aventuras juveniles. Furtivos
de los padres tíos abuelas y hasta
perros. Los arquitectos son sabios, y las diseñan
para cada casa con futuro juvenil. En su casa
quedaba en el estar. Cerca de la televisión
y un ventanal, que no
la alcanzaba. Sus padres iban
de aquí para allá y de allá para acá
sin vernos. Un punto ciego.
Ahí nos amábamos, a pesar de
los ojos cazadores
de los padres castradores
de pasiones. Aquellas «faltas
de respeto» me hubieran puesto en la calle
a la hora más violenta de la noche. Teníamos miedo
de un encuentro mutilador
de un padre con revólver
o una madre con cuchillo
pero la verdad es que
en esa esquina
nadie nos podía ver.

Otro poema vegano

Pasaron muchos años
pero un día, los humanos
perdieron. Una raza superior logró dominarlos.
No fue fácil, pero lo lograron
con una ciencia
más prolífica que la de ellos. La humana resultó
innombrable
ante aquella.

Ante la indecisión sobre qué hacer con los humanos
la nueva raza decidió que no valía la pena
matarlos y ya. Eran muy mansos y manejables. Resultaba
[mejor
criarlos. «Humanerías» le llamaron a sus industrias. Era
[francamente

¡Un éxito total!
Se dieron cuenta de que nada de la carne humana era inútil.
Con la uñas fabricaron lociones, las carnes
a pesar de su mal olor, podían preservarse en frío
y condimentarse. El líquido cefalorraquídeo resultó delicia
para los licores. El pelo
excelente abono. El cabello
buena peluca. Las arterias

buenas en la mantequilla. La lengua
exquisitez. Y así con cada cosa,
crearon una industria. Luego vino
la polémica.

«La verdad es que ellos están ahí para nuestro provecho»
«Desde que nos alimentamos de humanos hemos adquirido
una mejor calidad de vida, me siento mejor
que nunca ¡Y más fuerte!».
«Yo no creo que pueda vivir sin comer carne humana,
[nuestra vida de antes
apestaba» «Es verdad que chillan mucho, pero se ha
[observado durante los últimos años
que las especies criadas son
más mansas. Las hembras solo se quejan cuando las
[separan de sus crías,
los hombres
antes del degollamiento» «No podemos considerarlos
[inteligentes,
apenas establecen una
torpe comunicación. A leguas se ve
que no se entienden entre ellos. Seguramente ni se enteran
de su muerte»

—Oh, Larry. Creo que ya es nuestro turno. —¿De qué
[hablas? —Vamos
a morir. —Oh sí, eso está escrito. —Me hablaron de las cá-
maras de gas.

—Sí, parece que no son tan efectivas; quieren dormirnos.

—¿Y entonces?

—Algunos

no se duermen, entonces

los muelen a palos

hasta matarlos. —Bueno, es tu turno. Adiós Larry, espero

[que mueras ahogado pronto.

Luego de cinco minutos y muchos gritos

escuchó

ruido de palos.

Papá

Papá no sabía comprar. No sabía
comer. No sabía
vivir ¡Cómo se extrapolan las cosas
más sencillas! A veces
cuando tenía dinero
compraba pan y se tomaba un café negro.

La verdad es que no compraba nada más. A veces
panes dulces
y cigarrillos. Fumaba escondido y luego
llegaba oliendo a ceniza. La ceniza que se lo llevaba.
Entonces llegaba a casa y pellizcaba el pan. Iba al cuarto
arrastrando las chancletas
y volvía a la cocina
a pellizcar más pan. Así
el día se iba retirando. Al final de la tarde
ya no había pan. Entonces, papá salía
a buscar más pan
y cigarrillos. Juré al aire que
sus chancletas seguirían haciendo ruido
hasta después de la muerte
y también seguiría haciendo ruido
su bolsita de pan.

Malos poemas

Un día fui a Caracas
y entré en una librería.

Me llevé el libro de un poeta local.

Sin razón, quería leer ese libro, de un poeta
desconocido

que nunca había leído.

Afuera de la librería había mucha gente andando. Es un

[lugar muy concurrido.

Salí, vi el libro. Había mucho sol. La portada tenía una foto-
grafía del autor. La vi y guardé el libro en mi bolso.

[Luego vino la magia.

El poeta caminaba hacia la librería.

Vaciló, parecía que un pie le decía una cosa
y el otro pie
otra.

Vio una montañita de sus libros en el mostrador principal

[de la librería

y siguió su camino.

Era barbudo, casi harapiento, llevaba un bolso viejo

[mutilado del cual

salían papeles arrugados. Viejos
grafitos.

El poeta pasó de largo y

Desapareció. Y yo
me quedé absorto esperando que autografiara mi libro.

Luego,
En la espera del metro subterráneo leí el libro entero
y no me gustó.
Pero valió la pena
el poema.

La contienda

Se me ha hecho fácil reconocer cuando alguien
me quiere sacar la piedra. De antemano
me vencen. Saben bien
lo que me obstina. Y empiezan
a jugar con mi paciencia.
Suelo callar. Hago parecer
que la piedrita
no llegó a ninguna parte.
Y el otro se fastidia
y se va. Pero más tarde,
en la cumbre de mis soliloquios,
recuerdo. Y empiezo a blasfemar
increpar y salivar en contra
de ese demonio.
Me doy cuenta
de que he perdido
la contienda.

El libro acostado

¿Leíste el libro que te regalé
hace un par de años? Aún no lo leo, no
he tenido tiempo. ¿Cómo no vas a tener tiempo, si
te la pasas manguareando? Ah pues.
Ese es mi libro favorito, y te lo regalé para que lo leyeras,
[no entiendes mi indignación.

No
entiendo por qué te importa tanto
un perro libro. Más nunca te vuelvo
a regalar
un coño. De paso me sales con esa patada ¡Anda!
Mejor devuélveme mi libro, se lo regalaré a alguien que sí
[lo lea.

Ah, porquería, te devolveré tu libro.
Me parece bien.

...

Tú tampoco has escuchado el disco que te regalé.

¡Por Dios! Era de reggaetón.
Inmediatamente
lo eché a la basura.

A falta de armas el poeta usa el libro

Cariaquito estaba bastante estresado esa mañana.
Lo habían hecho esperar en el trabajo y
no le habían pagado completo. Esa tarde
Gonzalo lo sacó de quicio.
Entonces salió a tomar un café en compañía de su libro,
su libro del poeta Juan que tanto le agradaba.
Arqueaba la ceja con esta poesía.
Sonreía con una y reía con la otra.
El otro poema le dejó absorto
y el otro, ciego. Todo iba
bien pero de pronto un atracador hizo escena en la
[panadería y apuntó
al mundo
con un cuchillo de cocina.
Fue despojando a la gente. Pero Cariaquito siguió
[inmerso en su poesía
hasta que el atracador decidió que era el turno de Cariaquito.
Pero Cariaquito estaba bastante estresado esa mañana y
[esto último
lo disgustó. Se puso de pie
arrecho
y afrontó al atracador que lo apuntaba con el cuchillo
[directo al seso.

Cariaquito, a falta de armas
apuntó con su libro
y en un suspiro atestó un golpe seco en el ojo del atracador.
Sí, con la punta de su libro. El cuchillo cayó al suelo y al resto
de la historia le llamamos
linchamiento.

Genaro era un padre severo

«Yo nunca pegaría a mi hijo con una correa»
decía.

«Pero los hijos tienen sus momentos insoportables»
decía.

«He tenido que aplicar algo
más correcto que la correa»
decía.

«Los libros»

«Por lo general utilizo
Flaubert, Bolaño, Machado, Verne, Borges o Dostoievsky
para pegar a mis hijos»
decía y tosía.

«Un golpe en
la frente, el hombro, el brazo, el occipucio o el pecho
era suficiente
para corregir»

Hmm

«Pues las palabras
de los mejores entran así sea
a coñazos».

Psicólogo de perros

Ramón alega que su perro sufre de depresión.

«Tiene el rostro

depresivo» dice. Y el perro realmente

parece estar triste. Vive en un apartamento,

lo sacan a pasear una vez por semana,

su urinario son unos periódicos viejos que nunca ningún

[otro perro

va a olfatear,

su cama es de algodón, colores y figuras de otros perros

aparentemente contentos, le da alergia y atrae los bichos

como

garrapatas, ácaros, moscas y cucarachas. Esto último

le arrecha en exceso. Tiene que salirse de la cama

y el piso es duro, cruel y huele a pecueca, está repleto de

[polvillo y

bichos.

Una vez a la semana puede ver bien el cielo

sentir el aire, la tierra y la grama, oler las flores y el

[monte, prueba

una cucharada de libertad. Inclusive puede ver a otros

[perros ¡y perras!

La mayoría les siguen pareciendo tristes. Algunos

[parecen vivir en la calle, y a pesar

de sus desgracias
parecen felices, con hambre y todo. Parece ser que
[alguien siempre se compadece.
Ramón no permite que se le acerquen esos perros, lo
[carga como un perro faldero y ve a los otros
ladrarle en lo que parece una alegre opereta. La nariz
no soporta tantos estímulos urbanos. En su casa solo
[alcanza a olfatear
el final digestivo de Ramón.
El perro pasa todo el día recostado en el piso, a veces
[juegan con él.
La comida no es satisfactoria ni siquiera.
Es perrarina. «Maldito sea el creador de esta blasfemia»
[piensa el perro.
«Ya ni le gusta jugar conmigo» dice Ramón. «Y no es vejez,
Pues todavía
es pimpollo».

Me dijeron

Un poeta me dijo que el poema estaba en la calle.
Y yo salí a buscarlo. Lo primero que vi fue
el ascensor y no me pareció poético. El mismo
se abrió en el piso 4 y se montó una muchacha que me
[pareció bonita.
Y las piernas me flaquearon, la frente sudó y la mirada escapó.
Pero ella
me omitió.
Afuera caminé unos pasos ya con más ligereza y
había brisa. Sombra de un lado y sol fulminante del otro.
Del lado sombreado había brisa, del otro
no tanto.
Bajé unos escalones y abrí una reja. La llave le falló a la
[cerradura un par de veces.
Cerré la reja con cuidado
y me senté en la acera. Una hojita se tropezó conmigo y
[la tomé.
Tenía nervaduras y estaba seca. La eché a un lado y vi el cielo
estaba igual que casi siempre
azul y limpio. Uno que otro pájaro pasaba
y temí por una cagada de paloma. A mi lado sus cagadas
[habían dibujado
una línea recta de blancos y verdes suicidados.

Caminé hasta el árbol más cercano y una brisa tumbó
[encima de mí
frágiles florecitas purpureas. El heladero le daba tin tin a
[la campanita,
el rin de la bicicleta sonaba rítmico, el carro pasaba con
[bulla de roturas, el ciego
percutía con su ojo de metal el piso y
hay tantos detalles que no puedo ver que decido
por fin
volver a casa ahora
con la mente bien clara
de que salir a la calle es la forma más difícil de hacer poesía
pues
todo es poesía.

El hombre diccionario

Los poemas que no he escrito
Ay, no los he escrito
por discapacidad
de palabra
A pesar de ello, esos poemas
existen

—Ese hombre está loco, hija. No te le acerques por nada
[del mundo. Ese hombre cree en cosas
que los ojos no ven
y que la boca
no habla.

La muerte del colibrí

¿Y qué tal tu día?

Hoy vi
Un colibrí
Muerto
En medio de la avenida
Detuve la bici
Y me puse a llorar
Dudé por instantes
Y lo recogí
Puse su cuerpo
Lejos del asfalto
En la tierra
Rodeado de una grama terca
Que emergía
De un lugar sin vida
Para darle vida
Y un fresquito
Al cementerio en que se ha convertido
Mi ciudad.

Sobrenatural

En el momento más decadente de mi vida
El más demacrado
El más doloroso
El más sordo
El momento mudo
Decidí aferrarme a lo sobrenatural
Una oración, una estampita, una cruz
Una esperanza vana
Un intento desesperado
Pero no fue sino
Ay
El canto del pajarito
Lo que me salvó de la catástrofe.

Índice

Poema vegano I	9
Frutas	11
Poema vegano II	12
Las piernas	14
La castración	15
El mal bailar	16
Poema vegano III	17
El ayuno	19
El plástico	21
El cine	23
Idiomas	24
Escribir con hambre	25
Cosas	26
Mosca	27
Joyas	28
Poema vegano IV	30
Ayuno II	31
Pieles	33
Calor	35
Kerosén	36
Dedicatoria	38
Tú novela	39
Tapabocas	41
Estrías	42
La casa rota	43
Aceras	44
Yo mismo	46
Vivir así	48

El culpable	50
Fiebre	51
Hiperhidrosis	52
La televisión	54
Papelón	55
Conformismo	56
Cuando no veía	58
Remolino	60
El tiempo que se va	61
Caribeo	63
Cocos	65
Una esquina	66
Otro poema vegano	67
Papá	70
Malos poemas	71
La contienda	73
El libro acostado	74
A falta de armas el poeta usa el libro	75
Genaro era un padre severo.	77
Psicólogo de perros	78
Me dijeron	80
El hombre diccionario	82
La muerte del colibrí	83
Sobrenatural	84

El mudo pedante

Se imprimió en el mes de noviembre de 2022
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares





«No puedo escribir con hambre.
Esa es una de las cosas malas.
No puedes ser escritor así.
El hambre es la tinta.
Real o digital.
Sin ella, escribes pendejadas».

LAS FORMAS DEL FUEGO

POESÍA

El mudo pedante es un libro que expresa la voz de un personaje habitualmente silencioso cargado de opiniones polémicas y abrasivas en una sociedad que, por un lado, se sostiene de bases científicas, pero por otro lado, derrumba sin piedad las bases que la sostienen: el cambio climático, la crueldad hacia las especies animales y similares, la caótica vida en las grandes ciudades y otros temas que este personaje no puede tocar en público a no ser que su intención sea ser víctima del linchamiento. En otro orden, este libro abraza temas de lo cotidiano con toda su belleza implícita que, sin duda alguna, sostienen a este «mudo pedante» en un mundo que diverge a su oculta opinión de las cosas.

MIGUEL ENRIQUE ORTEGA

(Valencia, Venezuela, 1994). Es médico general, actualmente realiza estudios de posgrado en el Hospital Dr. Domingo Luciani, de Caracas. Practica la escritura desde el inicio de su vida universitaria, cuando empezó a escribir cuentos y novelas, una de estas últimas (2018) le otorga la Beca del Estímulo a la Creación Literaria ofrecida por el Centro Nacional del Libro (Cenal) aún inédita. Debutó en la poesía como finalista en la mención publicación del Premio de Poesía Joven Rafael Cadenas en el año 2019 por el poema «Mi ventana es un corno inglés».



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA


MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura


[2022 - 2030]